

## Comentario de textos y análisis del discurso

Ángel López García\*  
Universidad de Valencia, España

Supongo que comenzar este trabajo exponiendo mi convicción de que el análisis del discurso constituye un empeño imposible parecerá una provocación o, cuando menos, una *boutade*. Es evidente que los estudios sobre análisis del discurso constituyen una rama de la lingüística, la cual, además, ha conocido un desarrollo tan espectacular en la última década que podría incluso hablarse con propiedad de una disciplina independiente. Sin embargo, no estoy cuestionando la realidad de los estudios sobre análisis del discurso: estoy poniendo en tela de juicio su posibilidad epistemológica, que es muy diferente.

Para entender lo que quiero decir, permítaseme traer a colación dos mitos clásicos, el de Sísifo y el de Tántalo. Ya saben, Sísifo, rey de Corinto, que había encadenado a la muerte, es castigado por los dioses a empujar eternamente una roca por la ladera de una montaña sin poder llegar jamás a la cima porque, cuando está a punto de lograrlo, la roca rueda hasta el fondo arrastrándole consigo. Por su parte, Tántalo, rey de Lidia, roba el néctar y la ambrosía de los dioses y estos lo castigan a estar en el Tártaro en medio de un lago teniendo al alcance de la mano unas ramas de árboles frutales sin que logre nunca saciar el hambre y viendo como el agua se le escapa de los labios sin poder saciar la sed.

\* Para correspondencia dirigirse a: Ángel López García (angel.lopez@uv.es) Universidad de Valencia, Facultad de Filología, Departamento de Teoría de los Lenguajes, Avenida Blasco Ibáñez 32, 46010-Valencia (España).

Conozco a muchas personas que confunden estos dos mitos y que atribuyen cualquiera de ellos a Sísifo o a Tántalo, cuando no ambos a uno solo de ellos. Juntos aparecen en cuadros del Ticiano o de Ribera dedicados al tema del suplicio. No es de extrañar. Al fin y al cabo, parece que significan lo mismo: la imposibilidad del ser humano de dar conclusión a sus proyectos. Sin embargo, por encima de esta semejanza superficial, existe una diferencia capital: Sísifo está empeñado en un proyecto absurdo, el de empujar una roca hasta la cumbre de una montaña; Tántalo, en cambio, intenta satisfacer dos elementales necesidades biológicas, aunque no lo logre tampoco.

He traído a colación ambos mitos para ilustrar dos áreas temáticas que muchas veces se confunden en nuestros programas académicos: el del “comentario de textos” y el del “análisis del discurso”. No son lo mismo. Recuerdo haber leído un artículo provocador de Ignacio Bosque, remitido a máquina por el autor, en el que se burla inmisericordemente del comentario de textos y que estimo probable siga inédito. No es para menos. Hay demasiados intereses para que alguien se atreva a cuestionar en serio el negocio del comentario de textos: cientos de profesores de todos los niveles cuya clase consiste en pasar los textos por una plantilla como quien cierne la harina por un cedazo; decenas de manuales que garantizan el dominio de una habilidad tan extraordinaria; miles de alumnos de selectividad, los clientes de dichos manuales, para quienes sería intolerable que les arrebatasen el fundamento de la habilidad, una vez adquirida. Y, sin embargo, Bosque tiene razón: ninguna ciencia sería se contenta con atrapar un trozo de realidad y proceder a etiquetar compulsivamente sus componentes. Como creo recordar que decía, el profesor de ciencias naturales no agarra una brazada de malas hierbas, de las que crecen en el patio, y se las lleva a clase para que los alumnos las “comenten”. Por el contrario, el de lengua sí lo hace, a menudo no hace otra cosa: se toma un texto y se va preparando a los alumnos para que procedan a envasar y etiquetar las partes con rótulos categoriales o funcionales que, naturalmente, se deben ajustar a ellas como anillo al dedo.

En el comentario de textos no se admite que una secuencia lingüística tenga dos análisis alternativos. De la misma manera que una muestra de mineral o es óxido de hierro (oligisto) o es óxido de aluminio (bauxita) o, en todo caso, es una mezcla de óxido de hierro y óxido de aluminio, pero nunca “óxido de hierro o de aluminio”, así un elemento lingüístico no debería ser sustantivo o adjetivo: o es sustantivo o es adjetivo o es un grupo sustantivo + adjetivo. Perfecto. ¿Y qué es el elemento *francés* de *vino un francés*? Evidentemente algunos dirán que, puesto que es fácil reconstruir un elemento ausente (algo así como *ciudadano*, *hombre*, etc.), se trata de

un adjetivo: *vino un (ciudadano) francés*. Pero otros objetarán que, según esto, todo elemento nominal ante el que cabe intercalar otro nombre, termina siendo adjetivo: por ejemplo, en *se tomó una San Miguel*, lo que queremos decir es *se tomó una (cerveza) San Miguel*, por lo que deberíamos concluir que el nombre propio en aposición *San Miguel* es un adjetivo. La duda que acabo de plantear no es una artimaña retórica: llega hasta a los diccionarios, de manera que en algunos se dice *francés*, adj., y se añade: u.t.c. sustantivo, y en otros se procede exactamente al revés.

Lo anterior es simplemente una muestra de algo mucho más general. Cuando pasamos del análisis de una palabra al de un texto, las divergencias resultan inevitables, según observaron ya autores como Hockett o Wells, los padres del llamado “análisis de constituyentes inmediatos” (ICA). Por ejemplo, considérese la secuencia *el viernes pasado hubo un accidente en la N-324*. Es evidente que *hubo* se une más estrechamente a *un accidente* que a los circunstanciales de tiempo y lugar, pero no está claro si ambos modifican al conjunto *hubo un accidente* a la vez, si lo hace primero el lugar y, luego, el tiempo o si es al contrario, es decir, cuál de estos tres análisis debemos preferir:

- 1) [ [el viernes pasado] [hubo un accidente] [en la N-234] ]
- 2) [ [el viernes pasado] [ [hubo un accidente] [en la N-234] ] ]
- 3) [ [ [el viernes pasado] [hubo un accidente] ] [en la N-234] ]

Algunos dirán que el análisis correcto es 2), puesto que *el viernes pasado* es el tema, aquello de lo que se habla, y el resto es el rema, lo que se dice de él. Es una buena razón. Pero tampoco es mala la razón de los que dicen que si negamos el conjunto, es decir, *el viernes pasado no hubo un accidente en la N-234*, lo que estamos insinuando no es que no hubiera un accidente (habríamos dicho que *no hubo ningún accidente*) ni que no fue el viernes pasado (para lo que habría que focalizarlo), sino que no fue *en la N-234*, por lo que el análisis correcto pasaría a ser 3). Puestos a rizar el rizo, hasta el análisis 1) tendría partidarios: algunos dirían que la variación dialectal *hubo dos accidentes / hubieron dos accidentes* demuestra que con estos verbos de acontecimiento los actantes se limitan a rodear al verbo de suceso sin que se puedan señalar papeles estructurales ni, por lo mismo, establecer una jerarquía entre ellos.

Casos como los de arriba son el pan nuestro de cada día en las clases de gramática y legitiman, en mi opinión, al profesor que inculca un sano eclecticismo a sus alumnos. Soy consciente, sin embargo, de que una cosa es el eclecticismo y otra, el escepticismo. Porque afirmar que son posibles varios análisis no implica rechazar el análisis como tal, esto es, la práctica del denominado “comentario de textos”. En realidad, los análisis alternativos

de arriba resultan de haber introducido las motivaciones del observador en el interior del texto. No es lo mismo examinar dicho texto como oración aislada, lo que obliga a tomar la primera frase como tema, que hacer pruebas con la negación, lo que plantea el texto como una respuesta a una pregunta anterior; ni es lo mismo considerarlo como algo que se ha dicho que examinarlo fríamente con toda una carga de prejuicios metalingüísticos encima. La situación me recuerda a la de la física moderna. Desde el surgimiento de la mecánica cuántica, los criterios de verificación han pasado a ser estocásticos, porque para un observador no es posible conocer la posición y la velocidad de una partícula a la vez. Desde este punto de vista, la existencia de análisis alternativos emparenta a la lingüística con las ciencias de su mismo momento histórico; es un signo de los tiempos.

Sin embargo, lo anterior no es óbice para que el comentario de textos me siga pareciendo —como a Ignacio Bosque— un esfuerzo baldío, un verdadero suplicio de Sísifo, en el sentido de actividad gratuita a la que caprichosamente nos han condenado los dioses. Tal vez, la razón estribe en la dudosa utilidad del mismo. Veamos. Es verdad que el profesor de ciencias naturales no toma compulsivamente un puñado de tierra del patio del instituto y lo lleva a sus alumnos para analizarlo. Pero esto no es debido a lo absurdo del empeño, sino a lo dificultoso del mismo. Dados los medios —primarios, cuando no ridículos— de que suelen disponer los laboratorios de química de los centros escolares, el único tipo de análisis posible se reduce a reacciones cien veces repetidas entre unos pocos productos puros. Sin embargo, la situación descrita no es inimaginable: cuando se sospecha que la tierra de un determinado paraje está contaminada, o se quiere valorar su grado de acidez de cara a una explotación agrícola, naturalmente habrá que proceder a un análisis exhaustivo de muestras aleatorias para obtener datos fiables que orienten actuaciones posteriores. Lo único que no tendría sentido es pretender que estos análisis tengan un significado geomorfológico; por ejemplo, que porque hay un 10 % de granitos y un 90 % de arcillas, se trata de un terreno propenso a los aludes. Esto depende de la inclinación y del relieve, no de la composición química, aunque, naturalmente, un barranco de granito compacto tiene muchas menos probabilidades de desprenderse que uno de arcilla.

Trasladando estas reflexiones al comentario de textos practicado habitualmente en escuelas, institutos y —¡ay!— universidades, resulta que se entrena a los estudiantes para que lematicen las unidades con criterios categoriales y para que extiendan dicho análisis a los niveles combinatorios superiores. No está mal; así pueden contar el número de determinantes, de verbos, de frases preposicionales, de cláusulas reflexivas, etc., que hay en un texto. También lo habría hecho un buen programa de ordenador, aunque

este progresivo desplazamiento del hombre por la máquina existe igualmente en los análisis químicos, hoy totalmente mecanizados. ¿Cuál es, pues, el privilegio del ser humano? Obviamente su capacidad interpretativa, es decir, que la composición de una muestra de sangre, que los aparatos han revelado con mayor exactitud que el trabajo artesanal, *le dice algo* al médico que la examina y, en cambio, resulta opaca para la máquina.

Lamentablemente, en la lingüística la situación es mucho menos confortable que en la química. Ya no se trata de buscar una utilidad práctica (aunque ello no sea desdeñable), nos conformaríamos con una simple utilidad cognitiva. ¿Qué nos dice el comentario de textos respecto a la naturaleza, finalidad, implicaciones, etc., del texto analizado? Hasta un cierto nivel, precisamente el que alcanza la máquina, algo nos dice. Hoy que tan extendido se halla el empleo de grandes corpora digitalizados (el CREA, el CORDE) sería injusto no reconocer que las correlaciones formales de naturaleza estadística (concordancias, etc.) nos ilustran sobre algunos aspectos muy interesantes de los textos analizados. Pero siempre dentro de un límite, un límite tan cercano a la pura aleatoriedad que torna muchas de estas investigaciones poco alentadoras.

Propondré un ejemplo para que se vea lo que quiero decir. Supongamos que disponemos de tres muestras de sangre y que los análisis respectivos nos dan el siguiente cuadro:

MUESTRA A	MUESTRA B	MUESTRA C
Hematías 5.27 mil/mm <sup>3</sup>	Hematías 5.41 mil/mm <sup>3</sup>	Hematías 4.22 mil/mm <sup>3</sup>
Leucocitos 6.4 mil/mm <sup>3</sup>	Leucocitos 5.9 mil/mm <sup>3</sup>	Leucocitos 10.2 mil/mm <sup>3</sup>
Plaquetas 199 mil/mm <sup>3</sup>	Plaquetas 191 mil/mm <sup>3</sup>	Plaquetas 156 mil/mm <sup>3</sup>
Glucemia 107 mg%	Glucemia 104 mg%	Glucemia 87 mg%
Urea 45 mg%	Urea 29 mg%	Urea 13.5 mg%
Acido úrico 5.25 mg%	Acido úrico 4.84 mg%	Acido úrico 3.86 mg%
Colesterol HDL 46 mg%	Colesterol HDL 50 mg%	Colesterol HDL 40 mg%
Colesterol LDL 143 mg%	Colesterol LDL 139 mg%	Colesterol LDL 121.7 mg%
Triglicéridos 66 mg%	Triglicéridos 97 mg%	Triglicéridos 98 mg%

Los análisis de estas tres muestras no son indiferentes. La muestra A y la muestra B corresponden al mismo paciente con un intervalo de un año: sus datos son normales, aunque tiene una tendencia, probablemente idiosincrástica, a que el número de plaquetas esté por debajo de la media (entre 142 y 424 mil/mm<sup>3</sup>). La muestra C corresponde, en cambio, a un paciente enfermo: muchos de sus índices son excelentes y, en algunos aspectos, bastante más tranquilizadores que los de A y B (por ejemplo, en lo relativo al índice de glucemia o al de ácido úrico), pero el bajo porcentaje de hematías (entre 4.40 y 5.90 mil/mm<sup>3</sup> como promedio normal) y el elevado

número de leucocitos (entre 4.6 y 9,8 de promedio) indican que hay un problema hematológico que debe ser tratado.

Comparemos ahora esta situación, una situación en la que el estado del organismo puede ser inferido del número y entidad de sus componentes, con la que se derivaría del comentario de tres muestras textuales:

Muestra A	Muestra B	Muestra C
Hematíes 5.27 mil/mm <sup>3</sup>	Hematíes 5.41 mil/mm <sup>3</sup>	Hematíes 4.22 mil/mm <sup>3</sup>
Leucocitos 6.4 mil/mm <sup>3</sup>	Leucocitos 5.9 mil/mm <sup>3</sup>	Leucocitos 10.2 mil/mm <sup>3</sup>
Plaquetas 199 mil/mm <sup>3</sup>	Plaquetas 191 mil/mm <sup>3</sup>	Plaquetas 156 mil/mm <sup>3</sup>
Glucemia 107 mg%	Glucemia 104 mg%	Glucemia 87 mg%
Urea 45 mg%	Urea 29 mg%	Urea 13.5 mg%
Acido úrico 5.25 mg%	Acido úrico 4.84 mg%	Acido úrico 3.86 mg%
Colesterol HDL 46 mg%	Colesterol HDL 50 mg%	Colesterol HDL 40 mg%
Colesterol LDL 143 mg%	Colesterol LDL 139 mg%	Colesterol LDL 121.7 mg%
Triglicéridos 66 mg%	Triglicéridos 97 mg%	Triglicéridos 98 mg%

Estos tres textos, aparecidos hace una década en periódicos americanos y relativos a una misma noticia, son evidentemente muy diferentes. Pero, ¿por qué son tan diferentes? Un comentario de textos de los mismos no nos lo daría a conocer. Por ejemplo, el simple conteo arroja los siguientes datos:

Muestra A	Muestra B	Muestra C
La banda terrorista maoísta Sendero Luminoso ha amenazado con matar a todos los sacerdotes de la ciudad de Huaraz, en el centro de Perú, si no la abandonan	El partido Sendero Luminoso ha conminado a los curas de la ciudad de Huaraz, en el centro de Perú, a irse bajo pena de muerte.	El tribunal popular de Sendero Luminoso ha condenado al destierro a los clérigos de la ciudad de Huaraz, zona liberada del centro de Perú. En caso contrario, se cumplirá la ejecución dispuesta por la ley.

Con independencia de que algún análisis alternativo, como los considerados arriba, modifique ligeramente estos números, lo cierto es que poco o nada nos dicen sobre el verdadero valor textual de cada una de las tres muestras. Por el número de adjetivos, verbos o determinantes, A y C forman un grupo frente a B; por el número de sustantivos y de preposiciones, B y C forman un grupo frente a A. Pero todo esto no sirve para nada. No solo no nos permite transformar el mundo, lo que resulta obvio, es que tampoco nos permite comprenderlo, que es la función atribuida tradicionalmente a las Humanidades.

Naturalmente, lo anterior no implica que estos tres textos no sean susceptibles de comentario. Pero dicho comentario es esencialmente personal;

carece de un método estricto que pueda ser enseñado y aplicado con rigor. Más bien es al contrario: el método del comentario de textos es la garantía de su inanidad. Para que el lector se haga una idea de las posibilidades, entre muchas otras, a que un comentario impremeditado de estas muestras daría lugar reproduzco lo que anteriormente he dicho de ellos (López García, 1996: 42):

Como se puede ver, el texto A, que corresponde a un periódico conservador, es claramente contrario a las actividades del sujeto de la noticia, al que califica de *banda terrorista*, en tanto el objeto directo es denominado *sacerdotes*, término ritual de carácter encomiástico. El texto B, que apareció en un periódico liberal, por su parte, es bastante neutro: el sujeto es un *partido*, el objeto directo son *curas*, denominaciones ambas que no tienen ni coloración positiva ni negativa. En cambio, el texto C, difundido en hojas volanderas controladas por Sendero Luminoso, es claramente favorable a esta organización: el sujeto es un *tribunal*, el objeto directo son *clérigos*, denominación claramente despreciativa (por eso, Quevedo habla del *clérigo cerbatana*, no del *sacerdote cerbatana* ni del *cura cerbatana*; y, al contrario, la Iglesia habla siempre del día del Seminario en el que se pretende incentivar las vocaciones para ser *sacerdote*, no para ser *cura* y mucho menos para ser *clérigo*). Pero hay una elección mucho más significativa que la de los sustantivos y adjetivos que comentamos: la del verbo. En realidad los tres verbos respectivos (*amenazar*, *conminar*, *condenar*) se bastan para imponer el sesgo informativo que cada texto conlleva sin necesidad de otros elementos: Compárese *Juan amenazó a María*, *Juan conminó a María* y *Juan condenó a María* y se advertirá que en el primer caso nuestra simpatía se decanta del lado del más débil, *María*, en el tercero nos inclinamos por el más justo, *Juan*, y en el segundo nos mostramos indecisos.

¿Es posible *enseñar* a comentar de esta manera? Lo dudo y, aunque lo fuese, estaríamos induciendo a los estudiantes a adoptar una cierta visión de los textos que muchos otros colegas no compartirían. Decididamente el comentario de textos no parece ser un trabajo científico y ni siquiera académico, sino más bien una especie de actividad lúdica para ser desempeñada en tertulias de café.

He sugerido arriba, con todo, que mientras que el comentario escolar de textos me parece simplemente el suplicio de Sísifo, el análisis del discurso vendría a ser una especie de suplicio de Tántalo. Sísifo no necesitaba empujar la roca hacia la cumbre de la montaña, era un capricho y una pérdida de tiempo por su parte, pero Tántalo sí que necesitaba alimentarse, solo que no podía. Evidentemente, con los textos sucede lo mismo: aunque parezcamos ser incapaces de explicar cómo y por qué los comprendemos, lo cierto es que necesitamos hacerlo. Somos la única especie social que

fundamenta su desarrollo vital en la comunicación y no en el instinto. En la comunicación, esto es, en la producción y comprensión de textos. Es a esta faceta tan solo a la que se debería llamar análisis del discurso, si bien, como consecuencia de la estéril tradición escolar que comentamos, muchos y espléndidos trabajos académicos que dicen versar sobre comentario de textos, en realidad, se aplican al análisis del discurso.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- LÓPEZ GARCÍA, ANTONIO. 1996. *Escritura e Información*. Madrid: Cátedra.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Banco de datos (CORDE) [en línea]. *Corpus diacrónico del español*. <<http://www.rae.es>>
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Banco de datos (CREA) [en línea]. *Corpus de referencia del español actual*. <<http://www.rae.es>>